



El sombrero del cura

EMILIO DE MARCHI



Publicado por entregas en 1887 y en volumen único en 1888, *El sombrero del cura*, de Emilio de Marchi, supone el feliz punto de arranque del aclamado género giallo italiano. La obra conoció un asombroso éxito de ventas en su época, siendo tempranamente publicada en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania, Hungría, Dinamarca Argentina y España (*La Nóvela Ilustrada*, Madrid, 1910); mientras que en Italia, hasta cuatro casas editoriales llegaron a compartir su publicación (contando con un abultado número de reediciones; hecho realmente extraordinario, en un país que aún registraba altas tasas de analfabetismo). Sobre el atractivo fondo de la mísera y populosa Nápoles, *El sombrero del cura* narra las desventuras del atormentado barón Carlo Coroliano de Santafusca, que reducido a la ruina por las deudas del juego y una vida de ocio y disipación, asesina a don Cirilo, un siniestro clérigo consagrado a la usura y la especulación, a objeto de hacerse con sus riquezas y salvar así su comprometida posición. El crimen parece perfecto, sin embargo, el barón descuida un detalle: el sombrero del cura. Una pista peligrosa, que atormentará al asesino como una suerte de recurrente alucinación, intensificada en fatal *in crescendo*. Sugestiva novela negra de suculentas implicaciones psicológicas, en *El sombrero del cura*, Emilio de Marchi recoge con desparpajo las lecciones de la gran narrativa europea (de Dostoievski a Poe, de Dickens a Guy de Maupassant, de Manzoni al Verismo), alternando magistralmente el tono ligero del boceto ottocentescos con el registro oscuro de la novela gótica.

EL SOMBRERO DEL CURA

EMILIO DE MARCHI

PRIMERA PARTE

I. EL BARÓN Y EL CURA

El barón Carlo Coriolano de Santafusca no creía en Dios y menos aún en el diablo; y por más que buen napolitano, tampoco en las brujas o en el mal de ojo.

A los veinte años quiso hacerse fraile, pero topó con un cultivado científico francés, un tal doctor Panterre, perseguido por el gobierno de Napoleón III por difundir ideas materialistas y anarquistas, y con la fantasía tumultuosa y violenta que es propia de los meridionales, quedó prendado de las doctrinas de aquel extraño conspirador, que tenía, por todo lo demás, una curiosa cabeza, toda hueso, con dos grandes ojos de halcón; en resumen, un terrible seductor.

Por aquellos años, el barón leía muchos libros y tomaba con toda seriedad la ciencia: pero no hubiese sido él si por amor a la ciencia hubiese renunciado a las bellas mujeres, al juego, al buen vino del Vesubio y a sus queridos amigos. El libertino tomó las manos del fraile y del nihilista, y de la fusión de estos tres hombres surgió el barón, único en su género, gran jugador, gran fumador, blasfemo a los ojos del Eterno. Nada, y al mismo tiempo, amable camarada, ídolo de las mujeres, valiente como un negro y, ciertas noches, fantasioso como un brahmán.

Hablamos del barón en su primera juventud, cuando no pasaba de los treinta años. Nápoles era entonces una gran fiesta garibaldina, blanca, roja y verde. Las mujeres abrazaban a los apuestos soldados en la calle y alzaban a los niños sobre sus hombros para que Garibaldi los bauti-

zase en el santo nombre de Italia. Se encendían velas y colgaban guirnaldas ante el retrato del héroe, como se hacía ante San Genaro^[1] o la Virgen Santísima.

Santafusca tomó parte breve y brillante en las últimas escaramuzas y fue herido en la frente. Le quedó una cicatriz sobre la ceja... pero los buenos tiempos habían pasado.

Hoy tenía cuarenta y cinco años, una gran barba negra, un rostro quemado por el sol y los licores, un gran deseo de gozar de la vida y una miseria profunda.

Ya no disfrutaba de crédito, ni siquiera entre amigos o parientes, a quienes había disgustado con su vida disipada y su brutal impiedad.

Al fraile, al nihilista y al libertino, se unía ahora un pordiosero desesperado, reducido a sus cuarenta y cinco años a mendigar a la criada unas pocas monedas para almorzar y tomarse un coñac.

En el casino, su nombre figuraba en el registro de los insolventes, y puesto que nunca pagaba las deudas de juego, todos huían ahora de él como de la peste.

Y en efecto, como un verdadero apestado se sintió el día en que el canónigo administrador del Sacro Monte de las Huérfanas mandó recado perentorio para hacerle saber que, si en una semana no restituía el título de quince mil liras que tenía en adeudo, el Consejo de Administración denunciaría su caso ante el procurador del rey.

Los Santafusca, por antiguo derecho, formaban parte del cabildo del Sacro Monte; y en su calidad de benefactor y consejero, el barón, presa de la necesidad, había pescado a fondo en las arcas de la institución, dando garantías falsas o poco sólidas. Ahora, sus manejos salían a la luz.

El canónigo lo había dejado claro:

«Si V.E. no devuelve a esta piadosa Casa el título adeudado, el Consejo se verá en la dolorosa necesidad de llevar el caso ante los tribunales».

El barón nunca sería empujado a los tribunales, eso estaba claro. Era lunes santo y aún quedaban por delante casi quince días hasta el fatal vencimiento. En quince días, un hombre de su ingenio, que todavía no deseaba volarse los sesos, debía encontrar la manera de escapar a la prisión.

Por otra parte, ¿qué prisión habría podido retenerlo? ¿No había bosques en la Calabria; o es que acaso había desaparecido la raza de los bandoleros?

No era la primera vez que un Santafusca se había lanzado al monte; en tiempos lejanos, un antepasado suyo, don Nicolás, había estado con Fra Diavolo^[2] por la peñas de Mojella; en cualquier caso, el barón sentía que quince días no era tiempo suficiente para convertirse en bandolero.

Necesitaba por tanto encontrar algún otro recurso más expeditivo y menos melodramático. ¿Huir? No cabía pensarlo, pues cuando se es pobre se viaja mal. ¿Pedir un préstamo? ¿A quién, si no había un alma que quisiera dejarle un cuarto? ¿Jugar? ¿Tentar la suerte? Nadie quería mezclar cartas con él y, además, el que juega no siempre gana.

No le quedaba más que su villa en Santafusca, a unos cinco kilómetros de Nápoles, que todavía podía reportarle algunos miles de liras, siempre y cuando vendiese hasta el último clavo, pues un tercio ya estaba hipotecado al marqués de Vico Spiano, otro estaba en ruina, y el tercero constituía su refugio, su techo, el abrigo del pobre hombre en la tierra.

Aun vendiendo lo que todavía poseía, no hubiese podido reunir las quince mil liras; y después no sería más que un pobre vagabundo, completamente despojado, sin un colchón donde siquiera reposar.

Si todavía el barón de Santafusca contaba con alguna cosa en este mundo, si aún tenía la esperanza de sacar unos cientos de liras para aliviar el hambre y la sed, aquel

crédito, aunque disminuido, provenía de su viejo palacio, que imponía todavía un cierto respeto sobre el vulgo y que sostenía, mediante la cadena de la tradición, a un hombre ya reducido a simple polichinela.

Necesitaba encontrar las quince mil liras, y casi había llegado al jueves santo sin ningún resultado.

Finalmente, le vino a la cabeza el cura Cirilo.

* * *

¿Quién era el cura Cirilo?

No había mujerzuela ni pescadera ni hampón de los distritos de Pendino y Mercato^[3] que no conociese al cura, que habitaba, por lo demás, en el barrio más pobre de la ciudad, en un desván cerrado entre los tejados de varias viviendas, un lugar sobre el que jamás descendía el bendito ojo del sol, y en el que gobernaba soberano el pútrido hedor del pescado que el populacho freía en patios y calle.

Viéndolo caminar por la calle, nadie hubiese dado un ochavo por aquel curastre todo sombrero, vestido de hábito mugriento, bajo un manteo verduzco y raído que hacía de colador al viento, con un rostro alumbrado como de pescado frito.

Sus manos eran largas, flacas, lustrosas, como ramas de olivo, con uñas más fuertes que las grúas que levantan en el puerto los barriles y fardos de las merluzas.

Sus piernecillas, secas como las tibias de los santos, culminaban en dos zapatos desgastados, grandes como las barcazas que hacen cabotaje entre los puertos de Nápoles y Mesina.

El cura Cirilo era un hombre colmado de dinero, que había reunido un poco por medio de la usura a carniceros y pescaderos, y mucho mediante la lotería. Se decía que el cura conocía bien los números y que, con la ayuda de cier-

tos cálculos cabalísticos descubiertos en un viejo libro, ganaba la lotería cuantas veces quería. Se decía también que el nigromante había proporcionado buenos números a ciertos individuos, aunque era receloso y no se dejaba enredar por cualquiera.

* * *

Es en casa del cura don Cirilo donde nos encontramos ahora al barón, que no ha perdido el tiempo durante las Pascuas...

El cura le ofreció una silla de madera con las aneas desvencijadas, cerró la puerta concienzudamente y se sentó ante una mesa cargada de papeles y libros viejos. Entonces dijo el barón:

–¿Lo ha pensado ya, don Cirilo?

–Lo he pensado.

–Y la villa, ¿la ha visto usted?

–La he visto, Excelencia.

–¿Y le gusta?

–No me gusta mucho, pero no estoy lejos de adquirirla. Le doy veinte mil liras, Excelencia.

–Haría usted blasfemar a un eremita, don Cirilo. Si había dicho cuarenta mil en principio, después treinta, y ahora dice veinte, por la sangre de...

Y el barón comenzó a prorrumpir blasfemias.

–Está bien, está bien, le daré treinta –interrumpió el cura, poco amigo de las palabras soeces–, pero debe usted demostrarme que la casa está libre de toda hipoteca.

–Le he jurado que lo está, como lo está mi propia mano, y un caballero nunca jura dos veces.

–Un caballero no tiene necesidad de jurar. Le bastan los documentos.

–Lleve usted si quiere a un notario.

–No tomo la villa para mí y menos, con mi dinero. ¿Qué podría hacer yo, pobre siervo de Dios, con una villa?

–Umm, ¿y quién puede creerle? Si dicen que tiene usted el jergón lleno de oro.

–Vea usted mismo si ésta es la casa del rico Epulón.

–Dicen que usted conoce los números de la lotería.

–Otra calumnia más de ignorantes difamadores. Si conociese los números, sería rico, y si fuera rico, no viviría de mis modestas misas y sus pobres muertos, en medio de estas gentes que me hostigan.

–¿No es cierto que gana usted un terno y un cuaterno todas las semanas?

–¡Válgame Dios! ¿Puede usted, hombre de mundo, creer esas patrañas? Una sola vez, y para salvarme de las amenazas de mis enemigos, di los números que habían de salir, y desde aquel día no he obtenido la paz, ni siquiera sobre el altar. Sí, hasta en la iglesia oigo las voces de mujeres que me dicen: «¡Por el amor de Dios, deme usted tres números! Hágalo usted por San Genaro bendito».

El cura Cirilo hablaba con pasión, con temor, con sinceridad, abriendo sus diez dedos nudosos, que se agitaban trémulos en el aire.

–Yo puedo salvarlo de esta persecución –dijo el barón.

–El pasado enero, unos rufianes me secuestraron y me tuvieron encerrado en un subterráneo, amenazándome de muerte y golpeándome con cadenas para que les diese los números.

–¿Y se los dio usted?

–Tantas veces invoqué a la Virgen del Carmen y al Divino Espíritu para que me iluminaran y salvaran. Claro que se los di.

–¿Y tocaron?

–Todos.

El barón alzó la cabeza, aflorando en sus ojos el entusiasmo. Miró en derredor, convencido de estar en la casa de un mago.

–Fue la misericordia divina la que me hizo salvar; no la virtud cabalística como cree la gente. Pero aquel día perdí la paz. Mis escaleras están siempre atestadas de infelices que quieren *los números*, y debo refugiarme con frecuencia en lugar sagrado por miedo a que me prendan, encadenen y torturen otra vez.

–Está bien, yo le ayudaré, don Cirilo. Pero debe ser justo y darme las cuarenta mil liras.

–Usted me ayuda a mí y yo lo ayudo a usted, Excelencia. Usted me libra de las manos de los desdichados y yo lo salvo a usted de la... prisión.

El barón se removió inquieto en la silla, mirando en derredor con espanto y alzando ligeramente el bastón con puño de plata en el que apoyaba la barbilla de cuando en cuando.

–¿No es verdad que la *domenica in albis*^[4] debe usted liquidar una suma que no obtiene por ninguna parte?

–Es usted un inquisidor –murmuró el barón desconcertado.

–Debía recabar mis informes, ¿es justo, no? Y no por eso renuncio a ayudarle; al contrario le digo: ayudémonos mutuamente. Usted necesita quince mil liras y yo le doy treinta. Le daría cuarenta si no hubiese descubierto que hay una hipoteca en favor del marqués de Vico Spiano.

–La gente tiene razón. Es usted un nigromante, un gran cabalista –dijo riendo el barón, alzando otro poco su bastón.

–Debía tomar mis precauciones, alma bendita. ¿Y no es cierto acaso que voy a ayudarle? El palacio no lo tomo para mí. Además, quien haya de habitarlo deberá gastar otro tanto en reparaciones. Ciertamente es que me quedará un pequeño pico para mis pobres herederos, pero la verdadera ganancia será para mí un lugar donde vivir en el campo, un sitio seguro, alejado de las persecuciones, en el que cubrir las necesidades de mi alma pecadora.

–Seguro estoy de que cuidará también de que no se pierda la mía –dijo el barón suavizando la voz y fingiendo una improvisada compunción–. Usted ya sabe que estoy arruinado y que sólo me queda Santafusca, última tabla de mi naufragio. Si no me ayuda usted, tendré que volarme los sesos.

El barón sacó un pañuelo y se lo pasó tres veces por los ojos, con gran maravilla del cura Cirilo, que nunca había visto a nadie llorar. Ahora, aquel pecador impío, aquel maldito blasfemo, aquel desgraciado libertino, al filo del nefando precipicio, le rogaba a él, pobre siervo de Dios, que tuviese piedad de su alma.

Algo tierno y compasivo resonó por debajo de la coraza metálica de su avarienta alma. Suavizando la voz, añadió:

–Yo salvaré su alma y su cuerpo, barón de Santafusca; y si consigo que me paguen bien la villa, soy hombre justo, y me acordaré de sus necesidades. Ahora, debe usted de inmediato abandonar Nápoles, y, mañana, yo mismo pagaré al canónigo las quince mil liras. El jueves, día 4, iré a la villa y os daré el resto. Y por fin podré decir adiós a esta maldita ciudad que se ha convertido en mi infierno. Necesito algunos días para arreglar mis asuntos y espero que Dios me ayude a salvarme y a salvarlo a usted.

–Creo realmente que el mismísimo Dios lo ha puesto en mi camino –dijo el barón, fingiendo tener todavía el alma compungida y anegada por el dolor–. Le espero en la villa y procure usted que nadie sepa de su partida. La gente lo perseguiría hasta el infierno con tal de conseguir los números.

–Lo sé, y ya he estudiado la manera de evitar a los entrometidos.

–Pero lleve usted consigo el dinero, por amor de Dios, que estoy muerto de hambre.

–Y usted no olvide al notario.

–¿Conoce a don Nunziante?

–Perfectamente, es todo un caballero.

–Lo llevaré conmigo y extenderemos el contrato. Adiós, don Cirilo.

–Vaya usted con Dios, Excelencia. Hasta el jueves.

Cirilo cerró rápidamente la puerta para que nadie pudiese oír sus combinaciones y se frotó alegremente las manos, como quien es consciente de haber rematado un buen negocio. Y, en verdad, así lo había hecho el viejo zorro, que razonaba del siguiente modo:

«El barón tiene necesidad urgente de dinero y no puede perder mucho tiempo en negociaciones. Monseñor arzobispo desea la villa, que quiere destinar a seminario y colegio de teología. El vicario estaba encargado de hablar con el barón, y lo hubiese hecho si las funciones de Semana Santa no se lo hubiesen impedido.

»La mesa arzobispal está dispuesta a ofrecer hasta cien mil liras, dada la aventajada posición de la villa, ni muy lejos ni muy cerca de la ciudad, pudiendo además servir de villa de recreo para Su Eminencia.

»Si llego a tiempo de cerrar el contrato antes del domingo por la mañana, una vez que sea dueño de la finca y haya comprado la hipoteca del marqués, tendré la sartén por el mango. Treinta mil y diez mil hacen cuarenta mil, que cambiaré, en el curso de unos pocos días, por cien mil. Incluso gastando cincuenta mil sería un brillante negocio».

Encerrado en su cuartucho, llevado por la más sórdida avaricia, el viejo cura podía casi sentir en su alma oxidada el éxito de aquel negocio. Estrujándose y frotándose las manos, pensaba que podría pedir al arzobispo hasta ciento veinte mil liras e incluso exigir una estancia en el colegio, misa diaria, comida y limpieza. Pensaba que podría quizá limitar la cuenta del marqués, aduciendo que el barón era un hombre arruinado; y todavía más: con la excusa de salvar un alma, podría persuadir al canónigo del Sacro

Monte de las Huérfanas de contentarse con la mitad de la suma, manteniendo en secreto el asunto.

El cura Cirilo veía crecer su fortuna por todas partes; a la luz amarillenta de la ventana, su rostro de pescado frito fosforescía como vieja moneda de oro. Sólo faltaba que el barón picase el anzuelo.

Cogió un grueso volumen, una *Summa Theologica* in-folio del gran Tomás de Aquino, que le servía de registro y caja, y comenzó con su amarillenta uña a repasar la larga lista de préstamos que había concedido, considerando cuáles podría exigir de inmediato y cuáles endosar a un prestamista amigo suyo al que decían el Moyuelo, con quién había mantenido relaciones comerciales desde antiguo.

Recorrió ávidamente con la mirada las columnas en que tenía anotadas las sumas de sus títulos: Banco de Nápoles, deuda del Estado, acciones de la compañía ferroviaria, del servicio napolitano de tranvías, etcétera; y en medio, muchos recibos y bonos de empeño, garantías, hipotecas, pagarés y letras de cambio, anotaciones que ocupaban todo un cuaderno del libro, aquél en que el Doctor Angélico^[5] se refería al *habitus operativus*^[6]. Reunió y ató en un legajo aquel tesoro de papeles mugrientos, cerró el libro con una vuelta de cordón y lo guardó en una caja de caudales que tenía bajo la cama, asegurada al muro con una cadena de hierro.

Se puso el manteo, se caló un viejo tricornio y salió con su habitual precaución, deseando pasar una hora con el Moyuelo.

Hizo caso omiso de la gente: ahora, el viejo cabalista parecía dispuesto a burlarse de sus hostigadores.

–Don Cirilo, santo padre, deme los tres números y que la Virgen del Carmen le asista... –dijo una vieja desgredada que hacía punto junto a la puerta.

–Mira, allí va el cura; ¿cuándo me dará los números? –grito un aguador, padre de siete criaturas.

–Si los tuviese... pero no son seguros –respondió el cura.

–Démelos, démelos.

–Según el horóscopo de esta semana, Saturno está en conjunción con Capricornio –dijo el cura Cirilo, riendo para sus adentros la gran burla que hacía a las brujas y baladrones de aquel callejón–. Probad acaso con el 12 y el 77, pero no juguéis mucho porque no lo veo claro.

–Dios le bendiga, hombre santo.

Y el hombre santo anduvo regocijado por las calles, con el manteo al viento, con el sombrero ondeante, sabiendo que antes del día del sorteo estaría lejos de Nápoles y que entonces habría ganado su verdadero terno. El pobre hombre jamás podía imaginar que iba a caer en la boca del lobo.